

LA AGRICULTURA IBÉRICA DEL LEVANTE EN SU CONTEXTO MEDITERRÁNEO

Iberian agriculture in the spanish Levante in its mediterranean context

JOSÉ UROZ SÁEZ
Universidad de Alicante

BIBLID [0213-2052 (1999) 17, 59-85]

RESUMEN: La agricultura ibérica, como la sociedad o el arte, se explica dentro de un contexto mediterráneo determinado. Seguramente le debe mucho a la agricultura cartaginesa (o fenicia en general), pero de ella sabemos poco; en cambio, puede tener un punto de referencia útil en las obras de Jenofonte y Teofrasto. Se plantea asimismo la necesidad de estudiar las condiciones climatobotánicas de un territorio para conocer sus recursos agrícolas; se habla de los cultivos y de las herramientas, haciendo hincapié en la trascendencia del empleo del arado con rejas de hierro. Finalmente, se someten a discusión algunas ideas sobre la condición social de la mano de obra, la propiedad de la tierra, y desajustes en el nicho ecológico, mirando de reojo a la península italiana.

Palabras Clave: Medio geográfico, arado de hierro, cereal, vid, oikos.

ABSTRACT: Iberian agriculture, the same as society or art, takes its real meaning in a specific Mediterranean context. It surely owes much to the legacy of Carthaginian (or Phoenician, in general) agriculture, about which we have little knowledge; instead, we do find a useful reference point in Xenophon and Theophrast's works. The need also arises to study the climatic-botanical conditions of a territory in order to know its agricultural resources; we refer to cultivations and tools focusing specially on how important the use of the iron ploughshare turned out to be. Finally, we deal with some

issues related to labour force social conditions, land property and niche imbalances, always looking at the Italian Peninsula out of the corner of our eye.

Key Words: Geographical environment, iron ploughshare, cereal, vine, oikos.

En estos treinta años que nos separan del Congreso, cuya efemérides estamos celebrando, se ha producido un salto cualitativo en nuestro conocimiento de la cultura ibérica, especialmente en lo concerniente al mundo funerario, a la organización social, al urbanismo y al arte, con el descubrimiento incluso de nuevas obras. En cambio, los aspectos económicos han atraído poco la atención de los investigadores, salvo las relaciones comerciales con los pueblos colonizadores, quizás porque tratan con materiales espectaculares. Las enormes dificultades que generalmente encuentran los intentos de análisis sobre aspectos cuantitativos en el mundo antiguo han podido actuar como elementos desalentadores también en este caso.

La parquedad de las fuentes literarias es notoria: conocemos a los iberos fundamentalmente a través de su relación con Roma, desde una óptica filorromana, por autores ya tardíos, que nos esbozan a estas gentes a grandes rasgos, o en aspectos, a sus ojos, llamativos, opiniones que se han fosilizado a modo de foto fija, y que sirven para múltiples interpretaciones, en una especie de *totum revolutum*, cuando precisamente el mundo ibérico es dinámico, en permanente evolución desde sus orígenes hasta su imbricación definitiva, subsumido en el Imperio romano.

IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA

Aunque no desconocen el comercio y poseen abundantes rebaños, los iberos no son fundamentalmente mercaderes ni ganaderos nómadas; son sedentarios, y la agricultura constituye el pilar básico de su economía. Pero ¿qué concepto tenían los iberos de la agricultura? La carencia de fuentes adecuadas nos lo impide saber con certeza por ahora; no obstante, la cultura ibérica no nace por generación espontánea, alejada de toda influencia, sino que está inmersa en un contexto determinado, la *οἰκουμένη* mediterránea, donde se han ido produciendo, a lo largo de los siglos, contactos comerciales, intercambios de ideas, asimilaciones, etc.

Ante la falta de fuentes literarias propias, parece conveniente asomarse a otras culturas mediterráneas contemporáneas. Por desgracia, no han llegado hasta nosotros los textos de los agrónomos cartagineses, que fueron verdaderos maestros en este arte, y que probablemente nos habrían iluminado bastante, pues es conocida la estrecha relación, comercial y cultural que existía entre el norte de África y el levante peninsular, a través de Ibiza, o directamente, como hace todavía la línea marítima Alicante-Orán. Por fortuna, en cambio, conocemos bien el ambiente griego del siglo IV a través de Jenofonte, que realiza un encendido elogio de la agricultura, como factor trascendental en la economía de un país.

Jenofonte es autor, entre otros, de un valioso libro, *Económico*, escrito en su etapa de madurez, en torno al 380, en opinión de Juan Gil, cuya excelente edición

siglo¹. En varios pasajes del libro, Jenofonte exalta la vida campesina, pone de relieve las excelencias de la agricultura, a la que considera madre de las demás artes, por ser causa de agradables placeres, por constituir una fuente de saneados ingresos, y por poseer un alto valor moral y educativo. Jenofonte pone en boca de Sócrates, en su diálogo con Critobulo, las siguientes palabras (VI, 8-10):

“También juzgamos que para el hombre de bien, la profesión y el saber más principal es la agricultura, con la que se procuran los hombres el sustento. Y esta profesión nos pareció ser la más fácil de aprender, y la más agradable de practicar, la que mantenía los cuerpos más sanos y robustos, y la que menos tiempo libre robaba para ocuparse de los amigos y de la política. También nos pareció que la agricultura contribuía a estimular el valor, al producir y nutrir los alimentos a los labriegos fuera de los baluartes; y que, por tanto, este género de vida gozaba del mayor prestigio en las ciudades, ya que parece formar los mejores ciudadanos y los más leales a la comunidad”.

Y más adelante (XV, 4) Iscómaco define el arte agrícola como el más productivo, el más placentero de trabajar, el más bello, el más bienquisto de hombres y dioses.

Ningún otro oficio u actividad económica alcanza una consideración tan grande. En una ciudad como Atenas, amante del comercio y la industria, ninguna actividad de trabajo diferente de la agricultura está consentida al ciudadano libre; el mismo Sócrates define, en el curso del diálogo, las actividades manuales diferentes de la agricultura indignas de un hombre libre².

Es cierto que el encendido elogio que de la agricultura hace Sócrates hay que entenderlo en clave política y económica, como ha visto muy bien Gil. La agricultura ateniense quedó seriamente afectada por la guerra del Peloponeso, y Jenofonte pretende con su libro revitalizar el campo, que se está abandonando, debilitado por una creciente migración campesina hacia la ciudad, cuya vida se vislumbra más atractiva. Pero, en todo caso, la opinión que Jenofonte pone en boca de Sócrates y sus contertulios Critobulo e Iscómaco sobre la agricultura debe ser mayoritaria en su época, y aparte de la concepción ideológica, la agricultura constituía una buena forma de ganar dinero, como hacía el padre de Iscómaco (XX, 22-26).

Esta vieja idea, común a todas las clases dirigentes del mundo antiguo, de defensa de la agricultura como actividad rentable y preferible a las otras actividades económicas, la encontramos todavía en el primer tercio del siglo II a.C. en el *De agricultura* de M. Porcio Catón, aunque ahora con una orientación diversa, para renovar la tradicional agricultura romana, tanto en sus cultivos como en el sistema de explotación. La obra empieza con una declaración programática de extraordinaria claridad:

1. Jenofonte, *Económico*, Edición, traducción y notas de Juan Gil, Madrid 1966.

2. A. SALTINI, *Storia delle scienze agrarie. Dalle origini al Rinascimento*, Edagricole, Bologna, 1984, p. 16.

frente al comercio, que resulta arriesgado, y la usura, degradante, la agricultura es loable, segura y rentable, la mejor actividad económica; entre los campesinos se hallan los hombres más vigorosos y los soldados más valientes, y dedicándose a la agricultura es como se obtiene la ganancia más respetable, la más estable.

El interés de los intelectuales griegos por la agricultura no es privativo de Jenofonte. Hubo otros muchos autores, cuyas obras no se han conservado todas, aunque sí las de Teofrasto. Teofrasto nació en torno al 372 a.C. en la isla de Lesbos, asistió muy joven a la Academia de Platón, y allí conoció a Aristóteles; se convirtió en su discípulo y acompañante, y a la muerte de éste en el 322 le sucedió en la dirección del Liceo. Murió en torno al 288 a.C., siendo autor de muchas obras, entre ellas *Sobre los orígenes de las plantas*, e *Historia de las plantas*, una gran obra botánica que más tarde usarán profusamente Varrón, Virgilio y Plinio. Teofrasto describe minuciosamente las características de todas las plantas conocidas (árboles silvestres, frutales, leguminosas, medicinales, diferentes raíces), su composición, reproducción, cuidados, usos (alimentación, poderes curativos, venenos), sistemas de siembra, recolección, abonos, incidencia del clima, etc., que constituye una especie de compendio del conocimiento de las plantas que se tenía en su época.

INCIDENCIA DEL MEDIO GEOGRÁFICO EN LA ECONOMÍA PRECAPITALISTA

La conocida frase de Heródoto (II, 5), al parecer tomada de Hecateo, "Egipto es un don del río Nilo", no por repetida deja de ser cierta, pues el territorio egipcio sin el Nilo habría sido un desierto en la Antigüedad. El río fue el creador de la vida económica, y el principal elemento de comunicación y relación entre los distintos nomos. El Nilo, y la periódica crecida de sus aguas, motivada por las lluvias monzónicas de primavera en el macizo etíope, que provoca la inundación de Egipto de agosto a octubre (la llamada estación *akket*), así como la aportación del fértil limo, no son ajenos al origen de la civilización egipcia y del Estado, por la necesidad de dirigir y controlar la crecida, con el establecimiento de un sistema complejo de canales. Egipto nace, pues, de la colaboración entre hombre y Nilo, de la necesidad de una organización rigurosa que prevea la acumulación sistemática de excedentes en épocas de buena crecida para prevenir la escasez de alimentos en los años de poca agua: por eso decía Vercoutter que el tesoro real era principalmente un granero³.

No pretendo defender aquí un puro determinismo geográfico, en el sentido que el medio físico hubiera impedido al hombre, de una forma concluyente, desarrollar su vida en la Antigüedad, pues también la actividad humana puede cambiar en ocasiones el medio hostil: éste es el caso de la región de la Maremma italiana, que en época etrusca permitía una fértil agricultura, pero cuando en ciertos períodos posteriores se descuidó su saneamiento, volvió a convertirse en una peligrosa zona palú-

3. J. VERCOUTTER, *Los imperios del antiguo oriente I. Del paleolítico a la mitad del segundo milenio*, Historia Universal Siglo XXI, 1975, p. 213 ss.

dica. Pero es indudable que el entorno geográfico ha desempeñado un papel importante desde el punto de vista económico. Es difícil imaginar una trayectoria similar para Corinto alejada del mar, a Capua sin la llanura, o a la civilización fenicia tal como la conocemos si sus ciudades hubieran estado ubicadas en el Sahara.

Esta preocupación por el medio geográfico surge ya con la aparición de las Ciencias Humanísticas. Personalidades como Durkheim, Ratzel y Mauss propugnaban que los grupos sociales dependían de algún modo del territorio que ocupaban; que familia, tribu y poblado sólo son posibles en un territorio dado, y su desarrollo no puede comprenderse más que en relación con dicho territorio.

En un precioso libro publicado en los años veinte (aunque la edición española es posterior, con traducción y prólogo de L. Pericot García), con el significativo título de *La tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la Historia*, Luciano Febvre⁴ ya reflexionaba sobre estos temas con una gran equidistancia, y sostenía que suelo y clima, al ejercer su poder a la vez sobre los individuos y sobre las colectividades, no son solamente agentes eficaces de transformación somática, sino igualmente determinadores de resoluciones y de realizaciones políticas y morales: la base misma de la Historia. Es decir, el clima, o de una manera más amplia, el conjunto de los recursos y de las posibilidades climatobotánicas de las diversas regiones a veces regula y determina el hábitat humano, con grandes desigualdades demográficas. El clima justifica la transhumancia del ganado, que tanta importancia tuvo en la Italia antigua, o en la España moderna; determinadas condiciones del suelo, de la vegetación y del clima hacen que en algunas montañas, o en zonas desérticas, el ganado sea, a la vez, la fuente y la medida tradicional de la riqueza, cuando en el llano cercano lo es la agricultura.

De igual modo, las vías de comunicación han ejercido, en muchos casos, una gran influencia en la economía. Para los tratadistas romanos de agricultura (Catón, Varrón, Columela), era fundamental que la villa estuviera situada cerca de vías de comunicación. La emergencia de Roma sobre las otras comunidades del Lacio primitivo debe mucho a su ubicación geográfica en una zona determinada, como ha visto Coarelli⁵, junto al Tíber, en el punto donde se puede cruzar más fácilmente, allí donde un profundo meandro del río constituía un óptimo puerto natural para las naves que entraban desde el mar y para los productos que descendían de las regiones del interior, y en el cruce de caminos entre el Lacio y Etruria, la llanura de la costa y la montaña del interior, en la ruta de la sal, condiciones geográficas que ya alabaron Tito Livio⁶ y Cicerón⁷.

4. L. FEBVRE, *La tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la Historia*, en la colección "La evolución de la humanidad", dirigida por Henri Berr, T-IV, con traducción y prólogo de L. Pericot García, Uteha, México 1955 (1922 en francés).

5. F. COARELLI, "I santuari, il fiume, gli empori", *Storia di Roma, I, Roma in Italia*, Turín, 1988, p. 127-151; Idem, *Il foro Boario*, Roma, 1988; Idem, *Grandes civilizaciones. Roma*, Mas Ivars, Valencia, 1980.

6. Tito Livio, V, 54, 4 (discurso de Camilo, oponiéndose a que fuera transferida la población de Roma a Veyes, después de la destrucción de aquella por los galos en el 390 a.C.): "No sin razón eligieron los dio-

El ámbito territorial en el que se desenvuelve una *civitas, oppidum* prerromano, comunidad o aldea, no es muy amplio, queda reducido en la mayoría de los casos a una comarca de medianas dimensiones, de la que dependen casi exclusivamente para sus actividades económicas. De ahí la necesidad de estudiar el clima que les afecta, el paleoclima si es posible, que en cierta medida orienta, condiciona o a veces incluso determina su economía⁸. Plinio el Joven, en una de sus cartas (*Epist.* V, 6, 4), explica que en la región donde se encuentra su villa *in Tuscis*, la actual Alta Valle del Tevere, el viento invernal impide el cultivo del olivo y otros árboles de clima moderado. Todavía hoy en día se produce este fenómeno, perjudicando a los habitantes de dicha zona, que se encuentran en proceso de reconversión de cultivos, pues su agricultura dependía hasta la fecha principalmente del tabaco, actualmente en retroceso por la fuerte disminución del consumo.

La correlación entre medio natural y grado de civilización alcanzado por un pueblo es un tema muy discutido en Grecia desde la época clásica. El asclepiáde Hipócrates de Cos, nacido hacia el 460 a.C., en su tratado *Περὶ ἀέρω, ὑδάτων, τόπων*, *Sobre los aires, aguas y lugares*, que se cita con frecuencia con el título *Sobre el medio ambiente*, indicando así lo esencial de su contenido, establecía las condicio-

ses y los hombres este paraje para fundar Roma: unas colinas tan sanas, las grandes ventajas de un río por el que bajan las cosechas del continente y por el que llegan los abastecimientos del mar; ese mar, bastante cercano para las necesidades del comercio y bastante lejano para no exponernos a los peligros de las flotas extranjeras; en el centro de Italia, en una posición única hecha a propósito para el crecimiento de la ciudad; esto explica el rápido desarrollo de una ciudad tan nueva”.

7. Cicerón, *La República*, II, 3,5-5,10: “Rómulo eligió para la ciudad un lugar maravillosamente adecuado, pues no se acercó al mar... Hombre de extraordinaria prudencia, comprendió y vió que los lugares marítimos no son los más convenientes para las ciudades fundadas con la esperanza de vida duradera, en primer lugar porque las ciudades marítimas están expuestas a peligros no sólo muy frecuentes, sino absolutamente imprevisibles. En el medio de la tierra, en efecto, la llegada de inesperados enemigos, por muy repentina que sea, siempre se ve traicionada por muchos indicios, y el suelo casi nos trae el rumor de sus pasos. No hay enemigo que pueda dejarse caer sobre una tierra de modo que nadie sepa quien llega ni de donde. En cambio, el enemigo marítimo que viene en naves, puede presentarse antes de que nadie pueda sospechar que viene... Además, en las ciudades marítimas es fácil la corrupción y el cambio de costumbres...; Pudo, quizá, Rómulo haberse asegurado más inspiradamente las ventajas del mar, evitando, al mismo tiempo, sus defectos, que al situar la ciudad a orillas de un río perenne y sin cascadas, y que vierte sus aguas al mar por una desembocadura ancha? Éste hizo que la ciudad pudiese recibir del mar todo lo que necesitaba y exportar todo lo que le sobraba”.

8. Para el estudio del medio físico y el clima de las diferentes comarcas de la Edetania y Contestania, J. UROZ, *Economía y sociedad en la Contestania ibérica*, 332, IEA, Alicante, 1981; Idem, *La regio Edetania en la época ibérica*, 190, IEA, Alicante, 1983; Idem, “La época ibérica”, en *Historia de la provincia de Alicante*, vol. II, p. 169-276, Mediterraneo, Murcia, 1985. A. CUENCA PAYÁ, “El Cuaternario del valle de Elda”, *IEA*, 6, 1971, p. 23-56; Idem, “Pleistoceno final y Holoceno en la cuenca del Vinalopó (Alicante)”, *Estudios Geológicos*, 32, 1976, p. 95-104; A. CUENCA PAYÁ y M.J. WALKER, “Comentarios sobre el Cuaternario continental en el centro y sur de la provincia de Alicante (España)”, *Trabajos sobre Neogeno y Cuaternario*, 1974, 2, p. 15-38; Idem, “Nuevos datos sobre el Pleistoceno Superior y el Holoceno Continental en Alicante y Murcia”, *IEA*, 34, 1981, p. 79-84.

nes naturales que predisponen a la población humana a una clase de enfermedad; según él, los efectos de los diversos climas, calor, humedad, naturaleza del suelo, etc., no se limitan a la composición de los elementos vitales en el cuerpo, sino que a través de éstos se manifiestan también en la constitución psíquica. Por lo tanto, la evolución humana podría estar relacionada con las condiciones geográficas⁹. Además, contrapone Asia y Europa en lo referente a la calidad del suelo, clima y población, lo que sirvió en el siglo IV para justificar la predestinación de los bárbaros asiáticos a la esclavitud.

Así, Aristóteles, en su *Política* (VII, 1326a-1327a), al formular las condiciones de la ciudad ideal, daba mucha importancia al territorio, que debía producir de todo, ser autosuficiente, inaccesible para los enemigos, de fácil salida para sus habitantes; la ciudad debía estar ubicada en situación favorable respecto al mar y por tierra, bien comunicada para el envío de socorro, y que ofreciera facilidades de paso al transporte de los productos recogidos, así como a la importación de los necesarios. Pero a continuación (VII, 1327b) añade que

*“los pueblos que habitan en lugares fríos y en Europa están llenos de coraje, pero faltos de inteligencia y de técnica, por lo que viven más bien libres, pero sin organización política o incapacitados para mandar en sus vecinos. Los de Asia, en cambio, son inteligentes y de espíritu técnico, pero sin coraje, por lo que llevan una vida de sometimiento y esclavitud. En cuanto a la raza helénica, de igual forma que ocupa un lugar intermedio, así participa de las características de ambos grupos, pues es a la vez libre e inteligente. Por ello vive libre y es la mejor gobernada y la más capacitada para gobernar a todos si alcanzara la unidad política”*¹⁰.

Como ha visto Van der Vliet¹¹, para los etnógrafos helenísticos la evolución de la civilización humana se explicaba por los efectos de dos factores: la influencia de las condiciones geográficas y del medio físico, por un lado, y la fuerza de la tradición y del apego a los usos familiares, por el otro. Más tarde, la filosofía estoica creará la base teórica de una antropología, para la cual la evolución de las diferentes razas podía estar explicada por la intervención de la Providencia, es decir, que podía ser considerada como determinada por las condiciones naturales. Desde este punto de vista, el carácter de la población dependía de su medio geográfico.

Heródoto, en sus *Historias*, observa la geografía, el clima, la flora, la fauna de los países que describe, sus productos, las condiciones de vida, las costumbres. A su juicio, la situación geográfica y el clima influyen en las ciudades y pueblos (I, 142); pero

9. Edward Ch. L. VAN DER VLIET, “L’Ethnographie de Strabon: ideologie ou tradition?”, en *Strabone, Contributi allo studio della personalità e dell’opera*, a cura di Francesco Prontera, Perugia, Università degli Studi, 1984, p. 29-86.

10. Aristóteles, *Política*. Introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés, Gredos, Madrid, 1988.

11. E. Ch. L. VAN DER VLIET, 1984, p. 29-86.

junto a *φύσις* y *δύναμις*, naturaleza y riqueza de una región, tienen tanta importancia las leyes, los *νόμοι*. Resulta extraña a la visión de Heródoto la perspectiva teleológica según la cual el destino de un pueblo estaría predeterminado una vez para siempre por su condición geográfica, en opinión de Prontera¹², para el que se pueden dar incluso ejemplos de “determinismo a la inversa”, como el que nos ofrece el Ática primitiva de Tucídides (I, 2, 3-6): la pobreza y la aridez del suelo habrían preservado a sus habitantes de las invasiones sufridas por otras regiones más fértiles, y por ello más apetecibles, como las llanuras tesalas, beocia o laconia; las condiciones naturales, potencialmente desfavorables, habrían determinado para el Ática un crecimiento diverso respecto a las otras regiones de Grecia, asegurándole la continuidad y la estabilidad de la población.

Estrabón, el autor griego que mayor información nos ha legado sobre los pueblos prerromanos de Iberia¹³, para quien la cultura agraria y urbana del mundo grecorromano representa el grado más alto de civilización alcanzado por el hombre, está igualmente convencido de que la cultura y la riqueza de unos habitantes dependen de la característica física de su país, aunque no de forma determinante, pues las condiciones favorables no explican por sí solas el nacimiento de una alta civilización, sino que es necesario que los hombres sepan aprovecharlas adecuadamente; en último extremo, será el carácter, la virtud o la *areté* de un pueblo, y no la naturaleza del país que habita, el que finalmente determine el grado de desarrollo¹⁴.

Por último, conviene destacar el trabajo de G. Panessa¹⁵, que recoge las fuentes griegas y latinas que tratan las modificaciones climáticas, erupciones volcánicas, períodos de sequía, terremotos, inundaciones, oscilaciones pluviométricas, epidemias, rituales para propiciar los elementos climáticos, esterilidad del suelo, teniendo como marco cronológico el s. XV a.C. y el I d.C., marcado por las erupciones volcánicas de Tera y del Vesubio. Atendiendo a las fuentes literarias y arqueológicas, y utilizando también la documentación palinológica, glaciológica y de sedimentos recientes, ha podido establecer, desde el inicio del I milenio a.C., un periodo de temperaturas más frías que las actuales y de pluviosidad más alta, en el que el nivel del mar baja un promedio de 1 metro de altura. Entre el 250 y 200 a.C. cambian las condiciones climáticas generales, atenuándose la pluviosidad y alzándose las temperaturas, y así se mantendrán hasta el s. IV d.C., cuando se acentuó la aridez. Esas serán, pues, a muy

12. F. PRONTERA, “La geografia dei Greci fra Natura e Storia: note e ipotesi di lavoro”, *ΓΕΩΓΡΑΦΙΑ Atti del Secondo Convegno Maceratese su Geografia e Cartografia Antica*, Roma 1988, p. 201-222.

13. G. CRUZ ANDREOTTI (Coord.), *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 1999; J.M^a. Blázquez, “La Iberia de Estrabón”, *HA*, 1, 1971, p. 11-94.

14. E. Ch. L. VAN DER VLIET, 1984, p. 29-86.

15. G. PANESSA, *Fonti greche e latine per la storia dell'ambiente e del clima nel mondo greco*, Scuola Normale Superiore, Pisa, 1991. Para el clima antiguo, M. PINNA, *La storia del clima. Variazione climatiche e rapporto clima-uomo in età postglaciale*, Roma, 1984; Idem, “Le variazione del clima in epoca storica e i loro effetti sulla vita e le attività umane. Un tentativo di sintesi”, *Boll. Soc. Geogr. It.*, CVI, 1969, p. 198-275.

grandes rasgos, las condiciones climáticas generales del Mediterráneo que conocerán los iberos, que coinciden con los estudios de paleoclima realizados en nuestra zona.

HERRAMIENTAS AGRÍCOLAS

La agricultura constituye la base de la economía ibérica, produciéndose un cambio notorio con la Edad del Bronce, más nómada y pastoril, con las matizaciones que se quieran. Ese cambio, especialmente evidente en los cultivos y los instrumentos de trabajo, da la impresión de haberse efectuado de forma repentina, pero a medida que penetramos en los secretos de esos siglos de transición, podemos percibir unas secuencias más escalonadas; muchos de esos nuevos cultivos de la época ibérica echan sin duda sus raíces en períodos anteriores.

Como es sabido, desde el Mediterráneo Oriental empezaron a llegar, por vía del comercio, una serie de avances técnicos, pronto asimilados por los indígenas, entre ellos el uso generalizado de un nuevo mineral, el hierro, que tendrá una enorme trascendencia. Abrirá nuevos horizontes en el armamento y en la agricultura, posibilitando la fabricación de nuevas herramientas que incrementarán la fertilidad del suelo y la creación de alimentos, que a su vez harán posible el aumento de la densidad demográfica y la aparición de excedentes que, debidamente comercializados, permitirán detraer una parte del capital humano del proceso productivo inmediato y dedicarlo a la especialización en otros sectores, incrementando de esta manera el papel del artesanado en la economía y sociedad ibéricas.

Se suele decir que los iberos dominaron hasta tal punto los secretos de la metalurgia que supieron crear unas herramientas de trabajo tan perfectas y adecuadas a su función que, en la agricultura, se han seguido utilizando en la huerta levantina prácticamente idénticas hasta nuestros días.

Frente a la agricultura de la Edad del Bronce, constreñida al empleo de herramientas más endebles que apenas le permitían arañar la corteza superficial de la tierra, y obligada a la siembra de una mezcla de distintas variedades de semillas para asegurarse una mínima cosecha, la aparición ahora de macizas hachas, azadas, picos y sierras, de hierro, permiten una roturación más amplia, rápida y eficaz, pero sobre todo será la utilización del arado con rejas de hierro el verdadero motor del cambio¹⁶, pues permite la siembra de mayor cantidad de hectáreas de terreno y además aumenta la fertilidad del suelo al labrar con surcos más profundos, incrementando la productividad.

Las excavaciones arqueológicas nos han permitido conocer cómo eran dichos arados. En el poblado ibérico de Covalta (Albaida, Valencia), con una datación correspondiente a la primera época ibérica, los siglos V-IV, junto a un pequeño yugo de

16. J. UROZ, *La regio Edetania en la época ibérica*, IEA, Alicante, 1983; Idem, "La época ibérica", en *Historia de la provincia de Alicante*, vol. II, p. 169-276, Mediterraneo, Murcia, 1985.

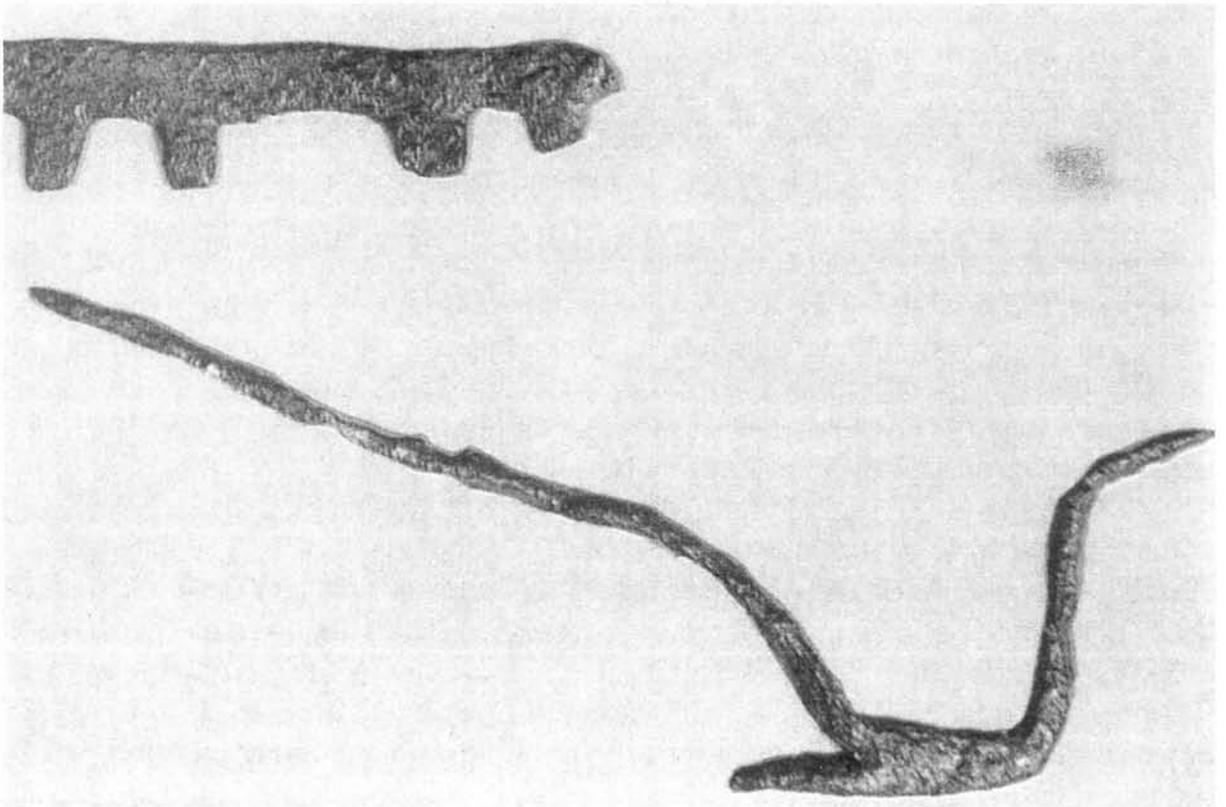


Figura 1

juguete o elemento votivo, apareció un arado (*fig. 1*) de tipo dental¹⁷, de la variedad de dental y cama compuesto, el típico arado mediterráneo, cuyos prototipos los conocemos bien ya en la Grecia arcaica: así Hesíodo (*Trabajos y días*, 428-436) nos habla de dos clases, uno más simple, de una sola pieza, y otro articulado, fabricado por carpinteros con madera muy selecta, ambos tirados por yuntas de bueyes o mulos. Similar es también el representado en el “gruppo dell’aratore” (*fig. 2*), hecho en bronce de 10 cm. de altura, hallado en Arezzo, que se conserva en el Museo de Villa Giulia de Roma, y que representa a un hombre con túnica y ancho sombrero, que sujeta con la mano un arado dental lúneo con reja de hierro; el bronce fue producido en un taller etrusco septentrional, en torno al 400 a.C.¹⁸. Tipos similares son el

17. R. VIOLANT SIMORRA, “Un arado y otros aperos ibéricos hallados en Valencia y su supervivencia en la cultura popular española”, *Zephyrus*, IV, Salamanca 1953, p. 127-8; E. PLÁ BALLESTER, “Un arado ibérico votivo. Notas sobre los arados antiguos”, *Saitabi* VIII, nº 35-38, Valencia 1950-51, p. 12-27; Idem, “El arado ibérico de Covalta”, *Notas sobre la antigüedad de la agricultura y el regadío en tierras valencianas*, I Congreso Nacional de Comunidades de Regantes, Valencia, 1964, p. 79-102.

18. M. CRISTOFANI, “Le attività produttive”, en *Civiltà degli etruschi*, 1985, p. 140.



Figura 2

hallado en Telamone¹⁹, y los representados sobre vasos áticos, como el de la copa de Nicóstenes (*fig. 3*), y el de la copa de la escuela de los Pequeños Maestros (*fig. 4*), ambos del s. VI. La versión ibérica la tenemos en la escena que sobre un kalathos hallado en el poblado de Cabezo de la Guardia en Alcorisa (Teruel), en estratos de la segunda época ibérica, se muestra a un hombre labrando con una pareja de bueyes (otro similar se halló en el Cabezo de Alcalá de Azaila, Teruel —*fig. 5*—), o bien el arado que aparece como símbolo del reverso de las monedas acuñadas en Obulco. Un yugo de bronce, de pequeñas dimensiones, tuve la oportunidad de descubrir en la tumba 84 de la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero²⁰. Rejas de arado (*fig. 6*), compuestas por planchas de hierro en forma lanceolada, han aparecido en varios poblados ibéricos, así como arrejadas, varas largas provistas de un paletón de hierro en un extremo, que se usa para quitar la tierra que se pega a la reja del arado.

19. G. VITALI, "L'aratro votivo in bronzo di Talamone", 1928, *StEtr*, 2, 409 ss.; G. Vitali, "Atrezzi agricoli nel Museo Archeologico di Firenze", *StEtr*, 5, 427 ss. 1931; M. Cristofani, *Gli Etruschi in Maremma*, 1981.

20. C. ARANEGUI, A. JODIN, E. LLOBREGAT, P. ROUILLARD, J. UROZ, *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*, Casa de Velázquez de Madrid-Instituto J. Gil Albert de Alicante, 1993.

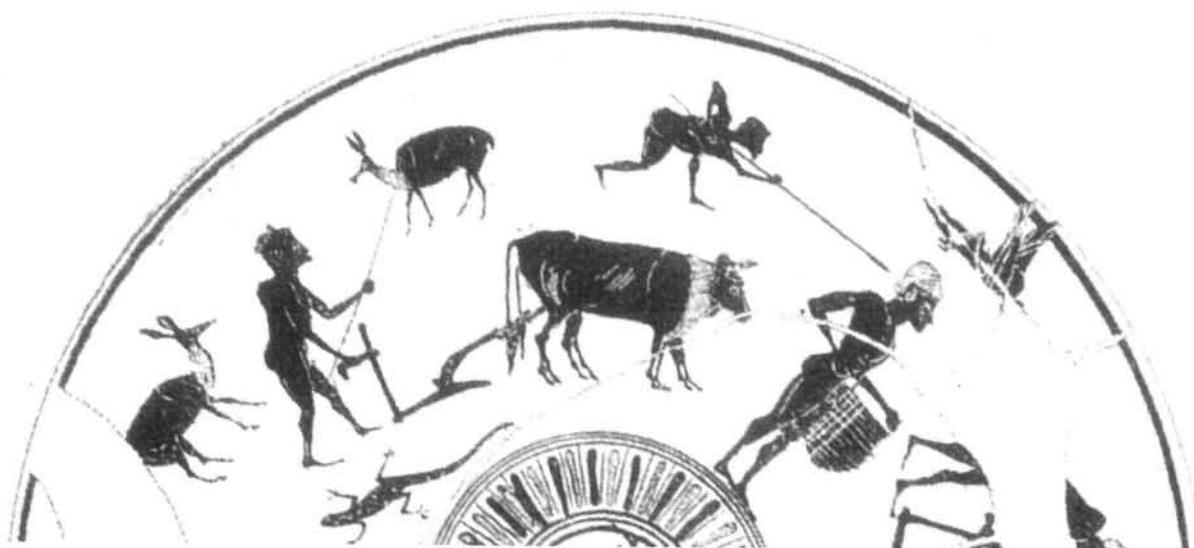


Figura 3

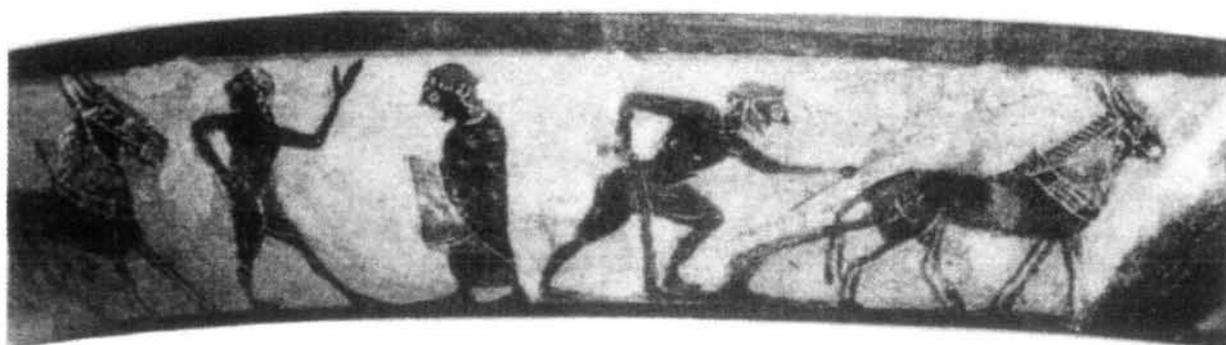


Figura 4



Figura 5. Fragmento de cerámica ibérica de Azaila (Teruel), Según Julia Sánchez

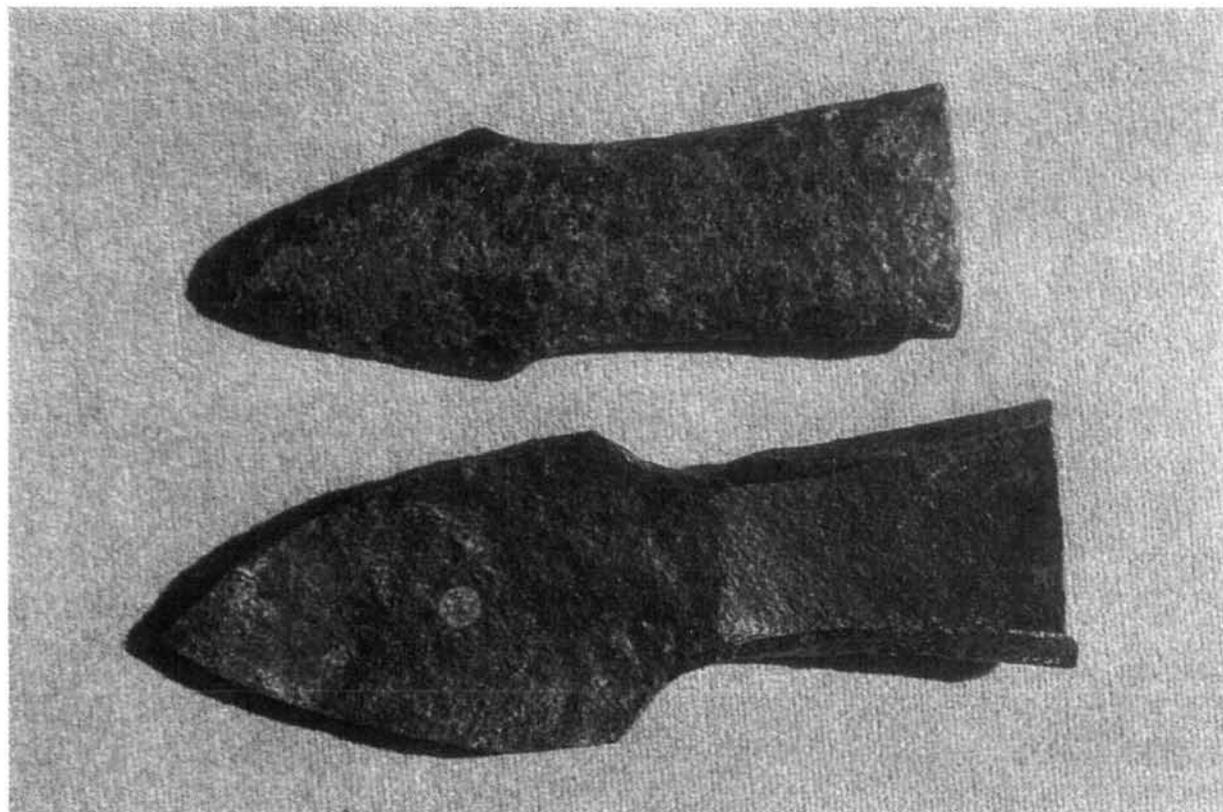


Figura 6

Las excavaciones arqueológicas han proporcionado también otros instrumentos agrícolas, hechos igualmente de hierro, estudiados por Plá y publicados precisamente en el Congreso de 1968²¹: escardillos, empleados para cavas superficiales; alcotanas mochas, para romper el terreno duro; layas, para labrar y revolver la tierra; para escarbar y limpiar la tierra, o para transplantar, se empleaba la azuela; cucharas de sembrador, para distribuir la siembra; podones u hocinos, utilizados en labores de poda, cortar leña, y la hierba una vez segada. También son muy abundantes las hoces, que se diferencian de las actuales únicamente en la forma de enmangarse, hoy mediante espigón y entonces con roblones sujetos por una arandela o por sendas cachas; azada y azadones, que sirven para cavas más profundas. Finalmente, el legón (*fig. 7*) es una herramienta típica del cultivo de regadío.

21. E. PLÁ BALLESTER, "Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana", *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, 1968, p. 143-190. Un elenco de los hallados en los distintos yacimientos de la Edetania y Contestania, en J. UROZ, *Economía y sociedad en la Contestania ibérica*, 332, IEA, Alicante, 1981; Idem, *La regio Edetania en la época ibérica*, 190, IEA, Alicante, 1983; Idem, "La época ibérica", en *Historia de la provincia de Alicante*, vol. II, p. 169-276, Mediterráneo, Murcia, 1985.



Figura 7

LOS CULTIVOS

Desconocemos el grado de rendimiento de la agricultura ibera, pero su productividad debió ser alta, y se comercializaron sus excedentes, junto con otras materias primas, como la sal o la producción de *garum*, y otras derivadas de la pesca. Esta próspera agricultura, base económica de contestanos y edetanos, les permitió alcanzar unos grados de riqueza material y cultura equiparables a otros pueblos del Mediterráneo, naturalmente con la estratificación social correspondiente.

En un reciente estudio, Molina²² ha destacado el papel relevante que tienen los excedentes agropecuarios como moneda de cambio en el comercio prerromano, especialmente los cereales. Se han documentado campos de silos, para el almacenaje

de cereal previo a la exportación, en un embarcadero ibérico del s. IV a.C., con una capacidad de 2.000 m³, entre las desembocaduras de los ríos Besós y Llobregat, cerca de Barcelona, pertenecientes a las comunidades vecinas. Otro campo de silos, de mayor relevancia, vinculado al santuario de Deméter-Coré en el Mas Castellar de Pontós²³, reuniría los excedentes de cereal de los poblados cercanos dirigidos al abastecimiento y exportación de Emporion y Rhode, a la vez que mostraría el eficaz papel desempeñado por los santuarios en los intercambios comerciales, como demostraran Torelli²⁴ en Gravisca, y Coarelli²⁵, en el Foro Boario de Roma, por citar solo dos casos relevantes. Aparecen también silos en Ullastret (230 al menos), Argilera (Calafell), Burriac, Turó del Vent (Llinars del Vallés), Bellaterra (Cerdanyola), Can Miralles-Can Modolell (Cabrera de Mar). Miró²⁶ ha relacionado la fabricación de ánforas locales Mañá B3 con la exportación de grano ibérico, y Gracia²⁷ ha interpretado como almacenes de cereal destinado a la exportación algunos edificios singulares del Noreste y Levante: Moleta del Remei (Alcanar, Tarragona), La Balaguera (Puebla Tornesa, Castellón), Torre de Foios (Lucena del Cid, Castellón), El Amarejo (Bonete, Albacete) y, en Alicante, los almacenes anejos a los edificios denominados *Templos A* y *B* en la Illeta dels Banyets de Campello, excavados por Llobregat²⁸.

La extensión de las áreas cultivadas es similar, *grosso modo*, a la actual; la densidad de población, bastante alta, a juzgar por el elevado número de yacimientos, repartidos por las provincias de Valencia y Alicante, así lo indica. Hay que exceptuar una parte de la actual comarca de la Vega Baja en Alicante, antaño bajo las aguas que cubrían toda la zona hasta una cota de 10 m. de altura, y que fue bonificada por el Cardenal Belluga²⁹, bien entrado el siglo XVIII; en Valencia, La Albufera penetraba más hacia el interior, como sabemos por las fuentes (Plinio, *NH.*, III, 20).

Practicaron el regadío, aprovechando los manantiales y las parcelas próximas a las riberas de los ríos, y canalizaban el agua de lluvia para el consumo local en aljibes, como se ve en el poblado de Covalta, o bien mediante largas acequias, para beneficiarse de las torrenteras y riachuelos, como en Elche³⁰. La presencia en los poblados

22. J. MOLINA VIDAL, *La dinámica comercial romana entre Italia e Hispania Citerior*, Alicante, 1997, p. 160 ss.

23. A.M. ADROHER, E. PONS, J. RUIZ DE ARBULO, "El yacimiento de Mas Castellar de Pontós y el comercio del cereal ibérico en la zona de *Emporion* y *Rhode* (ss.IV-II a.C.)", *AEA* 66, 31-70, 1993.

24. M. TORELLI, "Il santuario greco di Gravisca", *PP*, XXXII, 1977, p. 398-458.

25. F. COARELLI, "I santuari, il fiume, gli empori", *Storia di Roma, I, Roma in Italia*, Turín, 1988, p. 127-151; Idem, *Il foro Boario*, Roma, 1988.

26. J. MIRÓ I CANALS, "Algunas consideraciones sobre las ánforas ibéricas Mañá B3", *Pyrenae* 19-20, 1983-1984, 157-189.

27. F. GRACIA ALONSO, "Producción y comercio de cereal en el N.E. de la península Ibérica entre los siglos VI-II a.C.", *Pyrenae*, 26, 1995, p. 91-113.

28. E. LLOBREGAT, "El templo ibérico de la Illeta dels Banyets", en J.M^a. BLÁZQUEZ, *Religiones prerromanas*, Madrid, 1983; Idem, "Dos temples ibèrics a l'interior del poblal de l'illeta dels Banyets", *Fonaments*, 5, 1985, p. 103-112.

29. D. BERNABÉ GIL, *Tierra y sociedad en el Bajo Segura (1700-1750)*, Alicante, 1980.

30. R. RAMOS FERNÁNDEZ, "Proyectos para transvase de aguas de riego a Elche", *Saitabi*, XX, 1970, p. 259.

de legones, instrumento típico de esta clase de agricultura, y la importancia en esta región del cultivo del lino, planta que requiere un regadío experimentado, nos hablan en su favor.

Sin embargo, la mayor extensión de terreno debió estar ocupada por el secano, que se veía sin duda ayudado por el clima imperante en la época, con temperaturas un poco más bajas y lluvias más copiosas que las actuales, no repartidas estacionalmente sino distribuidas más uniformemente a lo largo de todo el año, condiciones que se van a mantener hasta la llegada romana.

Seguramente utilizaban el barbecho, como lo describe Jenofonte (*Económico*, XVII), dando dos (Hesíodo, *Trabajos y días*, 462-464), tres (*Iliada*, XVIII, 541-549) o hasta cuatro labores antes de proceder a la siguiente siembra. La fertilización de los campos mediante la quema de rastrojos sabemos que constituía una práctica ancestral, y también la aconseja Jenofonte (XVIII, 2), que igualmente habla de la conveniencia de estercolar la tierra (XX, 3-4, 10-11), sistema bien documentado en Teofrasto, para quien el estercolamiento³¹ de los campos aumenta la fertilidad, salvo para la alfalfa (*HP*, VIII). Otro procedimiento para aumentar la productividad consistía en alternar los cultivos, pues era sabido que los cereales y los garbanzos esquilaban la tierra, pero otros como la alfalfa y las habas la enriquecían (*HP*, VIII).

El cultivo básico sigue siendo el cereal, como en la Edad del Bronce, pero ahora las semillas se seleccionan dentro de una misma especie, predominando en el trigo la variedad *Triticum aestivum* L. Se debe sembrar a voleo, como explica Jenofonte (XVII, 7), a partir de octubre, en tres etapas, en función de las lluvias caídas, para asegurarse la cosecha; las malas hierbas se escardan con azadas o escardillos (*Económico*, XVII, 12-14), y la mies se siega al comienzo del verano, con las hoces antes descritas, que aparecen profusamente en las excavaciones. El mismo Jenofonte nos describe bellas y detalladas escenas de las labores de siega, trilla y aventamiento (*Económico* XVI, 10-15; XVII, 1-15; XVIII, 1-8; mención en *Iliada*, XI, 67; XX, 495-7). El transporte de las mieses se efectuaba a lomos de mulos, asnos o en carros tirados por bueyes, cuyas huellas todavía perduran en las calles de algunos poblados. El grano se pisotea con bueyes, mulos, caballos, o bien con el *plostellum punicum*, trillo introducido en *Iberia* por los cartagineses. La aventada se realizaba con horcas, algunas de las cuales se han encontrado en excavaciones arqueológicas.

Después del trigo, el cereal al que se le dedica mayor extensión es la cebada. Plinio menciona (*N.H.*, XVIII, 80) en Cartagena y Celtiberia una cebada de tan alta calidad que daba dos cosechas anuales. Se guardaría en vasos de gran tamaño y silos

31. Teofrasto, *Historia de las plantas*, II, 4: "El estiércol no conviene por igual a todos los árboles, ni es el mismo para todos. Unos árboles necesitan estiércol ácido, otros con menos acidez y otros estiércol que sea muy ligero. El estiércol más ácido es el excremento humano: así Cartodras dice que éste es el mejor; en segundo lugar, el de cerdo; en tercer lugar, el de cabra; luego el de oveja; en quinto lugar, el de buey, y, finalmente, el de las caballerías. El estiércol de la cama del ganado es de varias clases y empleos, porque unos son más flojos y otros más fuertes". Introducción, traducción y notas de José M^a Díaz-Regañón López, Gredos, 1988.

excavados en el suelo con lecho de paja (Plinio, XVIII, 306). Son asimismo muy frecuentes en los poblados ibéricos las piedras de molino para la elaboración de harina. En las zonas pobres del interior, donde no era posible el laboreo, la bellota constituía un buen sustitutivo del cereal. Estrabón nos cuenta (III, 3, 7) cómo ciertos montañeses se alimentaban de harina de bellota la mayor parte del año, e igualmente Plinio (XVI, 15) la menciona también como rico postre.

Cultivaban asimismo mijo, centeno, y legumbres (habas, lentejas, garbanzos). Los yeros (*ervum ervilia*), los empleaban para alimentar el ganado estabulado. El algodón fue probablemente importado por los púnicos³². El lino (*linum usitatissimum*), documentado ya en la Edad del Bronce en una tumba de Elda³³, lo van a convertir en un producto típico del Levante, incluso destinado a la exportación, gozando de reconocida fama en la Antigüedad. El de *Saetabi* era tenido por el mejor de Europa (Plinio, XIX, 9-10; Polibio, III, 113, 6). Se destinaba a la fabricación de cedazos y tapices (Plinio, XVIII, 108), en una parte de la coraza de los guerreros, y para los tejidos de mayor calidad, como sabemos por las fuentes (Estrabón (III, 3, 6; Catulo (*Carmina*, XII, XXV; Silio Itálico, III, 37, 1-5; Grattio, *Cynegetica*, XL), las representaciones escultóricas, las pinturas antropomorfos de los vasos, y los restos de tejido hallados en La Albufereta de Alicante. Un taller ibérico, datado en el s. III aC., destinado al tratamiento del lino ha aparecido en El Coll del Moro de Gandesa (Tarragona), no lejos de la frontera edetana³⁴.

Entre los árboles frutales, eran de gran importancia en la alimentación la higuera, el granado (*punicum granatum* L.), y la palmera datilera (*phoenix dactylifera* L.), cuya introducción en Iberia se suele vincular al comercio fenicio y griego. Frutos de granada se han encontrado en varios poblados edetanos³⁵, y aparecen como elemento figurativo en la pintura vascular (casos de Elche, Olocau, Corral de Saus, Liria —fig. 8—). Polibio (III, 17) dice que los habitantes de Sagunto cultivan el territorio más fértil y que produce los más sazonados frutos de toda España. De ellos, sus higos eran famosos desde Catón (Plinio, *NH*, XV, 72). Almendras carbonizadas han aparecido en La Alcudia de Elche y en La Albufereta de Alicante; las avellanas están ya presentes en Valencia desde la Edad del Bronce, y se encontraron también entre las ofrendas de la necrópolis ibérica murciana de Cabecico del Tesoro³⁶.

Practican la horticultura, en parte desde la Edad del Bronce, como lo demuestra el ajo carbonizado y las habas (*Vivia faba minor*) procedentes del Cerrico de la

32. Así lo cree J. VILÁ VALENTÍ, "El *Campus Spartarius*", *Homenaje al Prof. Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-62, p. 837-844, interpretando a Estrabón III, 5, 10.

33. J. V. CABEZUELO, A. M. POVEDA, J. SAMPER, C. VALOR, *Elda, una historia para todos*, 1999, p. 13.

34. N. RAFEL, M. BLASCO, J. SALES, "Un taller ibérico de tratamiento de lino en el Coll del Moro de Gandesa (Tarragona)", *TP*, 51, 1994, p. 121-136.

35. M^a. I. IZQUIERDO, "Granadas y adormideras en la cultura ibérica y el contexto del Mediterráneo antiguo", *Pyrenae*, 28, 1997, p. 65-98.

36. M. ROS SALA, "La cultura ibérica", *Historia de la Región Murciana*, II, Murcia, 1980, p. 136-7.



Figura 8

Escoba de Villena. Plinio cita la cebolla, berza, alcachofa y el comino en zonas limítrofes (XIX, 139-161).

La adormidera aparece como motivo ornamental en cenefas de vasos de Liria, y en esculturas de La Alcudia y Corral de Saus, del s. IV, dándonos una fecha temprana para su cultivo. El consumo de opio estaba extendido en Hispania, y se encuentran casos de muerte por sobredosis (Plinio XX, 199). Teofrasto (*HP*, IX) explica su poder curativo.

El esparto (*stipa tenacissima*) se produce en las regiones montañosas del interior, pero especialmente en las zonas esteparias del sureste, en el denominado *Campus Spartarius*, que se extiende desde el Campo de Cartagena hasta Alicante y la Mancha albaceteña, ocupando una zona superior a los 6.500 Km², en opinión de Vilá Valentí³⁷. Es muy frecuente encontrar en los poblados ibéricos (siguiendo un uso bien documentado desde la Edad del Bronce) agujas esparteras, cestos, cuerdas y restos de esparto, como en la Isleta de Campello, La Monravana o El Monastil, donde apa-

37. J. VILÁ VALENTÍ, "El *Campus Spartarius*", *Homenaje al Prof. Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-62, p. 837-844.

reció incluso una suela de alpargata³⁸. En la toma de Cartagena en el 209, entre el botín obtenido, además del oro y la plata, Escipión capturó 400.000 modios de trigo, 270.000 de cebada en la ciudad, y 63 naves, algunas ya cargadas con trigo, armas, cobre, hierro, velas, esparto y otros materiales necesarios para armar una flota (T. Livio, XXVI, 47). El esparto hispano se cita todavía en el Edicto de Diocleciano.

El cultivo que más atrae la atención de la investigación moderna es, sin duda, la vid, seguido a distancia por el olivo. Para algunos autores, las cepas debieron ser introducidas por los fenicios en la primera mitad del primer milenio antes de la Era. Recordemos que cepas de viña, preparadas para su trasplante en su lugar de destino, aparecieron entre el diverso y numeroso material del pecio de El Sec³⁹, datado en el segundo cuarto del siglo IV, cuya ruta describen sus descubridores en función de la carga que transportaba: la nave parte de Samos, donde carga 150 ánforas locales, hace escala en El Pireo, en donde cargará el resto de las ánforas (50 de Corinto, y otras de Cnido, Rodas, Cos, Thasos, Sínope); para después en Sicilia, carga las ánforas Will 2a, y desde allí se dirige a Cartago, donde incorpora las ánforas Sec C' y D'; en fila rumbo a las Baleares, recalando en Ibiza (a tenor de las ánforas ibicencas que lleva) y embarranca finalmente en el escollo de El Sec, en la bahía de Palma de Mallorca. No se sabe en qué puerto pudo incorporar la cerámica común, los bronce y las cepas de viña mencionadas.

Indígena o importado, los iberos lo degustan y aprecian considerablemente, como lo evidencia la presencia constante y abundante de cráteras y kílikes griegos, copas de lujo, que pronto serán imitados por los alfareros ibéricos e introducidos en la vajilla indígena.

En Andalucía, el hallazgo de semillas de vid en el interior de algunas casas, permite documentar la producción local de vino en el siglo VII a.C. en el Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), y en el enclave fenicio de Cerro del Villar (Guadalorce, Málaga), aunque los primeros lagares hallados hasta la fecha se datan en el s. IV a.C.⁴⁰.

En la zona de Levante, restos de pepitas de uva cultivada (*Vitis vinifera* subsp. *sativa* Hegi) se han encontrado en Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia), en niveles del s. VI a.C., aunque son más abundantes en los de los siglos V y IV a.C.⁴¹, y

38. J. UROZ, Murcia, 1985, p. 225-227; A. Poveda Navarro, *El poblado ibero-romano de "El Monastil" (Elda, Alicante)*, Alicante, 1988, p. 68, 80.

39. A. ARRIBAS, M^a. G. TRIAS, D. CERDÁ, J. DE HOZ, *El barco de El Sec (Costa de Calviá, Mallorca)*, Mallorca, 1987, p. 591, 652.

40. D. RUIZ MATA, I. CÓRDOBA, C. PÉREZ, "Vinos, aceites y salazones en la Turdetania", *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso, 1998, p. 387-397; J. JUAN-TRESSERRAS, "El cultivo de la vid y la elaboración del vino en la Península Ibérica en la Antigüedad. Aportaciones de los análisis de residuos", Actas del *II Col.loqui Internacional d'Arqueologia romana, El vi a l'Antigüitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani occidental*, 1998, p. 87-91.

41. C. MATA, G. PÉREZ JORDÁ, M. P. IBORRA, E. GRAU, *El vino de Kelin. Introducción a las prácticas agrícolas y ganaderas de época ibérica en la comarca de Requena-Utiel*, Valencia, 1997.

un poco más al norte, en Torrelló d'Almansora (Castellón), y la Illa d'En Reixac (Ullastret, Gerona), en estratos del s. VI a.C.

También se han encontrado en las excavaciones arqueológicas restos de lagares destinados a la producción del vino: Fletcher⁴² había descubierto en La Monravana (Liria, Valencia) una plataforma asociada a una cuba del s. III a.C., que él atribuía a una instalación vitícola.

Pero han sido las recientes excavaciones efectuadas por Gómez Bellard, Guerin, y Pérez Jordá en l'Alt de Benimaquí (Denia, Alicante)⁴³ las que nos han proporcionado una información realmente esclarecedora. En el interior de un recinto poderosamente fortificado, que interpretan como residencia de un jefe, con una datación que oscila entre el último cuarto del siglo VII y la mitad del VI a.C., han descubierto un lagar, compuesto por cuatro cubas, excavadas en la roca, con una capacidad total de 2.500 litros, y asociadas a ellas más de 7.000 granos de uva (*Vitis vinifera*), jarros y platos de inspiración fenicia, y una gran cantidad de ánforas del tipo R-1 de Rachgoun, que tuvo una gran difusión en el Mediterráneo Occidental entre los siglos VIII al VI por las colonias fenicias de Occidente, pero con la particularidad de que las ánforas de Benimaquí, a tenor del tipo de pasta, se fabrican en un taller local indígena que imita prototipos fenicios, como ocurre en Peña Negra⁴⁴.

Cincuenta de los 300 m² exhumados estaban destinados a la producción de vino, lo que a juicio de los excavadores sobrepasaba las necesidades del consumo interno, y por tanto una parte debía tener una difusión exterior al habitat. Este excedente lo comercializaría este jefe que, al principio del s. VI a.C., refuerza su prestigio controlando la producción de vino consumido en su entorno, en sintonía con el comercio fenicio.

De procedencia fenicia se creía también el olivo, pero esta teoría empieza a cuestionarse desde el hallazgo de improntas de hojas de olivo en la Montanyeta de Cabrera y semillas en Serra Grossa (Alicante), poblados pertenecientes a la Edad del Bronce. Ya en niveles ibéricos, aparecieron aceitunas carbonizadas en La Alcuía de Elche. Algunos textos clásicos nos hablan en favor de un cultivo antiguo en Levante, como Avieno (*Ora Maritima*, 492-495) y Diodoro (V, 16), aunque Tarradell⁴⁵ pensaba en un consumo restringido, a tenor de la escasez de lucernas de importación,

42. D. FLETCHER, *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1958*, Valencia, 1963.

43. C. GÓMEZ BELLARD, P. GUERIN, G. PÉREZ JORDÁ, "Témoignage d'une production de vin dans l'Espagne préromaine", *La production du vin et de l'huile en Méditerranée*, editado por M. C. AMOURETTI Y J. P. BRUN, *BCH Supplément XXVI*, Paris-Atenas, 1993, p. 379-395; C. GÓMEZ BELLARD, P. GUERIN, E. DIES CUSI, G. PÉREZ JORDÁ, "El vino en los inicios de la cultura ibérica. Nuevas excavaciones en l'Alt de Benimaquí, Denia", *Revista de Arqueología*, 142, 1993, p. 16-27.

44. A. GONZÁLEZ PRATS, J. A. PINA GOSALBEZ, "Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/35 a.C.)", *Lucentum II*, 1983, p. 115-145.

45. M. TARRADELL, "La expansión del aceite y el uso de lucernas. Un elemento metodológico para la historia agraria del Mediterráneo Antiguo", *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas, I, Prehistoria e Historia Antigua*, Universidad de Santiago, 1975.

excepto en los reducidos núcleos habitados por colonos orientales, y la inexistencia de este utensilio entre la variada tipología cerámica indígena. Sin embargo, con la llegada romana la situación cambia, hasta tal extremo que a finales de la República ciertas regiones de *Hispania* ya se habían especializado en su producción y exportación, en competencia con otras áreas del Mediterráneo.

MANO DE OBRA Y PROPIEDAD DE LA TIERRA

Mayor grado de dificultad presenta el conocimiento del régimen de tenencia y propiedad de la tierra, cuyas situaciones pueden fluctuar según las regiones, las épocas y el grado de articulación social interno, sobre todo en lo concerniente a la condición del campesinado.

En Estados o comunidades eminentemente agrícolas, la propiedad tiene un papel destacado, la tierra es la medida de diferenciación económica y social, y aunque existen actividades económicas con mayor margen de beneficio, como el comercio (que también estaba mediatizado por el poder, organizado por o para las élites aristocráticas, del que, en todo caso, obtienen beneficio), sin embargo el cultivo de la tierra es una fuente de ganancias segura, y se procura ampliar la propiedad para aumentar el *surplus* y con él mantener el poder político.

Un asunto aparentemente colateral, pero que en realidad le toca de lleno, es el relacionado con el bandolerismo y el mercenariado iberos, visto que es la agricultura, y por tanto la propiedad de la tierra, la que define el grado de riqueza y la posición en la sociedad ibérica.

La falta de tierras, la pobreza, la concentración de la propiedad en pocas manos⁴⁶, o una superpoblación tal que supere las posibilidades del propio nicho ecológico han sido las causas ofrecidas como explicación de ese fenómeno social tan interesante cual es el enrolamiento de mercenarios ibéricos y celtibéricos en los ejércitos cartagineses y griegos, ámpliamente constatado en las fuentes literarias desde el 480 a.C. hasta la segunda guerra púnica. Dejando al margen los soldados de procedencia hispana que combaten en uno u otro bando en dicha guerra, algunos de ellos involucrados a la fuerza o con determinadas presiones, como lo manifiesta el numeroso grupo de rehenes en manos cartaginesas, lo cierto es que durante los siglos V, IV y III a.C. se produce un constante drenaje de un número elevado de hombres jóvenes, recursos económicos preciosos, que no encuentran acomodo en sus comunidades y se ven constreñidos a una emigración forzosa, o a la práctica del bandolerismo, que menciona Diodoro⁴⁷ para los iberos en general, y especialmente entre los lusitanos.

46. M.P. GARCÍA-GELABERT PÉREZ Y J.M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, "Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología", *Habis* 18-19, 1987-88, Universidad de Sevilla.

47. Diodoro, V, 34: "Una actividad particular está presente entre los iberos y especialmente entre los lusitanos: los que en la edad viril son pobres pero destacan en fuerza física y en denuedo, se proveen de valor y con las armas se juntan en las asperezas de las montañas; y formando bandas de notable grandeza recorren Iberia y amontonan riquezas con el saqueo."

Situaciones similares de faltas de tierras son mejor conocidas en la Península Italiana, algunas de las cuales son resueltas con el procedimiento del *ver sacrum*, como el caso que nos cuenta Dionisio de Halicarnaso⁴⁸ para los aborígenes, Festo para los mamertinos, o el mejor documentado de los samnitas, principalmente por Estrabón (V, 4 12):

“En cuanto a los Samnitas existe aún otra tradición según la cual los Sabinos, enfrascados desde hacía tiempo en una guerra contra los Umbros, hicieron votos (como ciertas poblaciones griegas) de consagrar a los dioses todo lo que naciera en aquel año. Conseguida la victoria, una parte la inmolaron, otra la consagraron a los dioses. Sobrevenida una carestía, alguno dijo que era necesario consagrar también a los hijos. Así hicieron, y consagraron a Ares los hijos nacidos aquel año. Una vez que se convirtieron en adultos, los hicieron emigrar del país bajo la guía de un toro. Puesto que el toro se paró a dormir en el país de los Opici (que vivían dispersos en aldeas), aquellos les atacaron, se establecieron allí, y sacrificaron el toro, según las indicaciones de los adivinos, a Ares, que lo había dado como guía. Probablemente por esto recibieron el nombre de Sabelicos, diminutivo del de sus padres”.

La versión de Festo añade otros datos: habrían sido casi 7.000 hombres los que, emigrados de Sabina, se habrían establecido bajo la guía del *dux Cominius Castronius* cerca de *collis Samnius*, localidad de la que el nuevo pueblo habría tomando su propio nombre.

48. Dionisio de Halicarnaso, *Historia Antigua de Roma*, I, 16: “Dicen que los aborígenes tuvieron su primera residencia en estos lugares, después de expulsar de ellos a los umbros. Y desde allí, haciendo incursiones contra los demás bárbaros, y sobre todo contra los sículos, que eran sus vecinos, guerreaban por cuestión del territorio. Al principio, se trataba de un grupo sagrado de jóvenes que habían salido fuera, unos pocos hombres enviados por sus padres a buscarse un medio de vida, cumpliendo con una antigua costumbre que yo sé que siguen muchos bárbaros griegos.

[2] Cuando las ciudades experimentaban un crecimiento de población tal que los productos de sus tierras ya no eran suficientes para todos, o el campo, dañado por los cambios del tiempo, producía menos frutos de lo habitual, o cuando algún otro suceso semejante, mejor o peor, se adueñaba de las ciudades imponiéndoles la necesidad de disminuir la población, seguramente consagraban a algún dios a todos los hombres de una misma generación y, equipándolos con armas, los enviaban fuera de su territorio. Si lo hacían como sacrificio de acción de gracias a los dioses por la valentía de sus hombres o por una victoria en la guerra, realizarían primero los ritos acostumbrados y después los enviarán a las colonias bajo augurios favorables; pero, si habiendo incurrido en la cólera divina, pretendían liberarse de las desgracias que les agobiaban, entonces harían una ceremonia semejante, pero apesadumbrados y buscando el perdón de los jóvenes que enviaban fuera.

[3] Y los que marchaban, pensando que en el futuro ya no tendrían parte en la tierra paterna, sino que debían adquirir otra, consideraban como patria el territorio que los acogía por un tratado de amistad o porque fuera vencido en guerra. Y la divinidad a la que habían sido consagrados en el momento de su partida parecía asistirles la mayoría de las veces y hacer prosperar las colonias contra toda humana esperanza.

[4] Siguiendo esta costumbre, también entonces algunos de los aborígenes, como sus regiones habían crecido mucho en población (puesto que no se resignaban a matar a ninguno de sus hijos, considerándolo como el mayor de los crímenes), consagraron a alguna divinidad la prole de un año y cuando se hicieron hombres los enviaron fuera de su ciudad como colonos.” Traducción de Elvira Jiménez y Ester Sánchez, *Introducción Domingo Plácido*. Ed. Gredos, Madrid, 1984.

Como ha visto Tagliamonte⁴⁹, en la interpretación en clave ritual propuesta por los autores antiguos, el *ver sacrum* consistía en la consagración a una divinidad, normalmente Apolo/Marte de todos los seres vivos, hombres y animales, nacidos en un determinado año. Los jóvenes, llegados a la madurez, al cumplir los 20 años, eran obligados, en sustitución del más antiguo uso del sacrificio humano, a abandonar la comunidad de pertenencia y dirigirse a la búsqueda de otra nueva sede bajo la bandera totémica de un animal sagrado (lobo, toro, pájaro carpintero), a cuyo nombre se refería a menudo el del grupo emigrado o de la nueva comunidad constituida (Lucani, Irpini, Piceni: los picenos porque habían sido guiados por un *picus* —carpintero—, los irpinos por un *irpus* —lobo en osco—, los habitantes de *Bovianum* por un buey). En todo caso, el que conducía la emigración no era un animal sagrado, sino un *dux*, un “condottiero”.

El *ver sacrum*, tal como nos lo presentan las fuentes, parece representar una especie de modelo ideológico elaborado por historiadores y anticuarios romanos para interpretar los fenómenos de dinamismo migratorio itálico, pero en todo caso, en la obra de reconstrucción de este modelo historiadores y anticuarios se sirven de una gran cantidad de datos reales. En opinión de Tagliamonte, al margen de la interpretación ritual citada, es probable que la tradición relativa al *ver sacrum* de algunos pueblos itálicos nos indique movimientos reales de población, cuyos orígenes podrían ser no sólo de debilidad del sistema social local (el hambre), sino también de fuerza (la victoria en guerra, abundancia de población): una situación en cierto modo asimilable, en una perspectiva griega, a hechos de colonización (*apoikìa*), como explícitamente afirma Estrabón para los samnitas e irpinos.

Salmon, en cambio, en un libro clásico sobre los samnitas⁵⁰, declaraba, en la línea malthusiana, que el verdadero motivo real para celebrar el *ver sacrum* era la superpoblación, argumento que rechaza Torelli⁵¹:

“... las manifestaciones de *ver sacrum*, hoy de moda como instrumento eurístico para la lectura de algunos fenómenos sociales. Pienso aquí en la tradición anglosajona de historia demográfica, con el intento de reducir todo a cuestiones de superpoblación y emigración, mientras que por nuestra experiencia de historia reciente sabemos muy bien que incluso éstos son problemas de clase: superpoblación se da allí donde no existen las condiciones económicas y sociales para que se pueda proveer a la subsistencia de todos. La emigración es un bien conocido instrumento de conservación de la estructura de clase existente, y la superpoblación no es por lo tanto un elemento dado y casi metafísico”.

49. G. TAGLIAMONTE, *I sanniti. Caudini, irpini, pentri, carricini, frentani*, Longanesi, Milan, 1996, p. 17-21.

50. E. T. SALMON, *Il Sannio e i Sanniti*, Einaudi, Turín, 1985.

51. M. TORELLI, “Per il Sannio tra IV e I sec. a. C.: note di archeologia”, *Atti del Convegno, Sannio. Pentri e Frentani dal VI al I sec. a. C.*, 1984, p. 31. Para el *ver sacrum*, también J. HEURGON, “La “Ver sacrum” romain de 217”, *Latomus* 15 (1956) 137-158; Idem, “Trois études sur le “ver sacrum””, *Collection Latomus*, 26, Bruxelles, 1957, 51 s.

Merecería la pena indagar, que no es el caso aquí, si el proceso de asentamiento denominado mononuclear, individuado en el valle del Turia⁵², o incluso en el periodo precedente, tuviera algunos rasgos parangonables a éstos de Italia explicados por el fenómeno de *ver sacrum*.

Un trabajo interesante, que puede dar alguna luz sobre los iberos y celtíberos, es el de Sereni⁵³, quien estudió hace algunos años el problema de los mercenarios ligures, que combaten junto a iberos, sardos, y corsos en los ejércitos mediterráneos desde la batalla de Himera (Heródoto, VII, 165), hasta la romanización. A lo largo de estos siglos, una parte importante de la población ligur aparece empeñada constantemente en lo que Sereni llama un "servicio militar mercenario" fuera de las fronteras de su país, que constituye una verdadera emigración militar, similar a la sarda, corsa e ibera.

Dicha emigración militar mercenaria tendría ciertos puntos de contacto con el *ver sacrum*, como el hecho de que afecta a grupos de varones en edad joven, pero en cambio estos jóvenes no parten a fundar una nueva comunidad.

En los casos de *ver sacrum*, el proceso de expansión demográfica aparece estrechamente relacionado con estructuras y tradiciones comunitarias; es característico de sociedades en las cuales la constitución gentilicia conserva todo su vigor, y los grupos que parten de la comunidad de origen aparecen reclutados sobre la base de criterios puramente objetivos y colectivos, en los que se involucraban todos los miembros de la comunidad.

En cambio, la emigración militar mercenaria parece indicar la descomposición de las estructuras y de las tradiciones comunitarias. En dicha emigración, que parece predominante en época histórica como forma de expansión demográfica de los pueblos ligures y otros (celtíberos, iberos, sardos, corsos), el criterio de reclutamiento del contingente que se separa del núcleo primitivo parece diferente: es el acto de individuos aislados o de pequeños grupos de una determinada comunidad, y no aparece ya directamente relacionado con la constitución comunitaria; quien parte no es ya el miembro de una determinada clase de edad, sobre cuyo compromiso mercenario toda la tribu delibera, sino que se trata de un individuo (o muchos individuos) que por razones y motivos propios, individuales, deciden comprometerse en este servicio.

El compromiso militar mercenario individual revela, por sí mismo, una moderación en los vínculos gentilicios y una crisis de los ordenamientos comunitarios, choca profundamente con la constitución gentilicia. Una gran corriente migratoria de este tipo presupone, por otra parte, concluye Sereni, el desarrollo de economías individuales, que ya vienen afirmando sus autonomías en el seno de la comunidad, y que con su incipiente diferenciación condicionan una selección individual de los

52. A. RUIZ RODRÍGUEZ, "El territorio y la vida cotidiana. Los iberos y su espacio", *Los iberos, príncipes de Occidente*, Barcelona, 1998, p. 80-82; J. BERNABEU, H. BONET, C. MATA, "Hipótesis sobre la organización del territorio Edetano en época ibérica: el ejemplo del territorio de Edeta-Lliria", *Iberos*, 1987, p. 137-156.

53. E. SERENI, *Comunità rurali nell'Italia antica*, Ed. Rinascita, Roma, 1955, p. 179 ss.

miembros de la comunidad, obligados a buscar en el servicio militar mercenario (o en otra actividad) una solución a sus problemas vitales.

¿Cuál es la situación social de los campesinos iberos? ¿Qué grado de dependencia tienen respecto a esos que se ha dado en llamar “príncipes”? Pues podría producirse una evolución del siguiente tipo, que presentamos como mera hipótesis a discutir: en los siglos VI y V al menos, parece entreverse una situación en la que predomina el trabajo de la población campesina en beneficio de la clase dirigente aristocrática guerrera, en condiciones no propiamente de esclavitud al estilo clásico, pero sí de servidumbre como ocurre en otras zonas del Mediterráneo, como habían defendido M. Vigil y Mangas para la Bética⁵⁴, y yo mismo para el Levante, hace algunos años⁵⁵, y posteriormente A. Ruíz y otros⁵⁶. Esta relación de dependencia, muy bien definida por Torelli para la Roma arcaica y para Etruria⁵⁷, conoce diversos grados. En la Roma arcaica, el vínculo de subordinación es la *clientela*. A cambio de la protección del *princeps gentis*, el jefe de la stirpe, los *clientes* están en condición subordinada, sometidos al vínculo *sacrosanctus*, es decir, jurídico-sacro, de la *fides*, y esa situación comportaba una serie de obligaciones por parte de los *clientes* hacia los *principes*: básicamente la milicia junto al jefe gentilicio (como el caso de la *gens Fabia* contra Veyes en el 477 aC.), contribución en el plano económico en forma de ayuda en los trabajos agrícolas, y sostenimiento político, pues, ésta es una característica peculiar, los *clientes* son de condición libre, según nos los presentan las fuentes.

En el caso etrusco, los estratos dependientes son denominados por las fuentes griegas y latinas con distintos nombres: unas veces *servi*, otras *plebs*, *pénestai*, *oikétai*, o *therápontes*. Tienen menos libertad que los clientes romanos, y no gozan de derechos políticos, mientras que los *penéstai* tesalios, cuya similitud con los ilotas espartanos ha subrayado Ducat⁵⁸, estaban vinculados a la tierra en una especie de servidumbre de la gleba, según Torelli, y se hallaban sometidos a sus señores, que podían inflingirles castigos, pero no desterrarlos ni quitarles la vida, hasta el punto de poderseles considerar esclavos, aunque jurídicamente siguieran siendo libres; prestaban una especie de servicio militar, y tenían derecho a una cierta forma de posesión de bienes.

En el caso contestano, el análisis de la necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar, Alicante)⁵⁹ nos da unas indicaciones preciosas. Está en uso a lo largo de los siglos V

54. M. VIGIL, “Edad Antigua”, *Historia de España Alfaguara I*, Madrid, 1973, p. 250-3; J. MANGAS, “Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana”, *Memorias de Historia Antigua I*, Oviedo 1977, p. 151-161.

55. J. UROZ, Alicante, 1983, p. 161-169; J. UROZ, Murcia, 1985, p. 246-255.

56. M. MOLINOS-A. RUIZ-F. NOCETE, “El poblamiento ibérico de la campiña del Alto Guadalquivir: proceso de formación y desarrollo de la servidumbre territorial”, *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. II, Santiago de Compostela, 1988, p. 79-88.

57. M. TORELLI, “Dalle aristocrazie gentilizie alla nascita della plebe”, *Storia di Roma, I, Roma in Italia*, Turín, 1988, p. 241-261; Idem, *Historia de los etruscos*, Crítica, Barcelona, 1996.

58. J. DUCAT, *Les pénestes de Thessalie*, Universidad de Besançon, París, 1994.

59. J. UROZ, “En torno a la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero (Guardamar, Alicante)”, *La Dama de Elche más allá del enigma*, Consellería de Cultura, Educación y Ciencia, Valencia, 1997, p. 99-117; C. ARA-

y IV a.C., y casi todas las tumbas (el 90%) pueden ser datadas, gracias a la cerámica ateniense de su ajuar: sólo 8 tumbas pueden fecharse en la primera mitad del siglo V, 6 en la segunda, y 7 podrían datarse en torno al 400 a.C. Sin embargo, a partir de estas fechas se produce un aumento espectacular de las cifras: al siglo IV corresponden 65 tumbas, 64 de las cuales pertenecen al período 400-325 a.C., lo que significaría un exorbitante incremento respecto al período precedente, el siglo V a.C.

Una primera visión tendería a relacionar esta evolución con un aumento demográfico en el poblado durante el siglo IV, visto que las condiciones de análisis son similares para ambos periodos y puesto que los enterramientos del siglo IV no corresponden a un momento concreto producido por alguna catástrofe, sino que se efectúan de una forma gradual a lo largo del siglo. Tenemos constancia de la destrucción de algunas tumbas en época ibérica, y de la alteración de la necrópolis por las labores agrícolas, la plantación de pinos y el saqueo producido por escarbadores furtivos, factores que pueden variar los porcentajes, pero en forma poco significativa. Por lo tanto, a tenor de las tumbas ya estudiadas, se constata el bajo porcentaje de las fechadas en el siglo V, que además se localizan todas juntas en una zona concreta al sur del área ocupada por las estructuras tumulares.

Por otra parte, el análisis osteológico ha demostrado que dichas tumbas del s. V corresponden tanto a varones adultos, como a mujeres y a niños. Pero es evidente que se trata de tumbas singulares, especialmente la 75, que contiene dos difuntos, un adulto, al parecer varón, y un adulto joven de sexo femenino, con dos urnas cinerarias (orientalizante, y tipo "Cruz del Negro") inhabituales, así como la presencia de un escudo del tipo *caetra* y dos grebas, de bronce, y un lekythos de figuras negras, también excepcionales en el contexto de esta necrópolis, junto con otros elementos más usuales, como fibula anular, cuchillo y lanza. En conclusión, los sepultados en el siglo V, agrupados en un punto concreto, dan la impresión de pertenecer a una familia, que constituye la élite dominante, y que posee la potestad de enterrarse en esta necrópolis. Mientras que en el siglo IV será patente la oposición varón adulto frente a mujer o niño, en el V parece formada por una o un reducidísimo grupo de familias frente al resto de los miembros de la comunidad que habita en el vecino poblado⁶⁰.

Es decir, a partir del inicio del s. IV, aunque continúa manteniendo seguramente un cierto grado de dependencia personal hacia los jefes (de la aldea, del *oppidum*), o a las clases sociales que ellos representan, a través de instituciones bien conocidas en otras comunidades, como la clientela entre los romanos, cuya evolución está mejor estudiada, sin embargo el campesinado ha ganado cuotas de libertad política y ha ampliado sus márgenes de gestión económica, y como hombres libres cultivan al menos una pequeña propiedad familiar de subsistencia, y ese cambio podría ras-

NEGUI, A. JODIN, E. LLOBREGAT, P. ROUILLARD, J. UROZ, *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante*, Casa de Velázquez-Instituto de Cultura Juan Gil Albert, Alicante - Madrid, 1993.

60. J. UROZ, "En torno a la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero (Guardamar, Alicante)", *La Dama de Elche más allá del enigma*, Consellería de Cultura, Educación y Ciencia, Valencia, 1997, p. 99-117.

trearse a través de la evolución de las necrópolis, en la que son aceptados por pertenecer al cuerpo cívico de la comunidad. Este grado de dependencia atenuado permanece hasta la llegada de los romanos, como nos lo indican los casos de Alucio, al que T. Livio llama “príncipe celtíbero”, que se presenta ante Escipión con sus clientes⁶¹, o el de Edecón, que hace lo propio acompañado de sus parientes y amigos, dicen los traductores del paso de Polibio (X, 34), en realidad amigos y gentes de su oikos, de su casa, de su clientela, *μετὰ τῶν οἰκείων καὶ φίλων*.

61. T. Livio XXVI, 50: *Itaque dilectu clientium habito cum delectis mille et quadringentis equitibus intra paucos dies ad Scipionem revertit*: “Y así, hecha una leva entre sus clientes, a los pocos días regresó de nuevo junto a Escipión con 1.400 caballeros escogidos”.